

La toma de la Catedral

La sorpresa y el estupor fue la actitud que cundió cuando se anunció la toma de la Catedral de Caracas el pasado 16 de enero, por un grupo de trabajadores de Telares Palo Grande para reclamar su derecho al trabajo. Gran parte de la sorpresa se debe a que sabemos que las tomas de iglesias son una forma de protesta frecuente en países donde existen regímenes dictatoriales y no existen otras formas de expresarse. Estando en un país democrático ¿hacía falta tomar la catedral de Caracas para hacerse oír? fue la pregunta que surgió inmediatamente entre personas del gobierno, de los partidos, del mundo sindical, del clero y del público en general. Para un buen grupo la respuesta era obvia: se extralimitaron los obreros y sus dirigentes sindicales. Se les pasó la mano y tomaron una medida desproporcionada al problema que los afecta y no agotaron otras instancias o formas "normales" de hacerse oír en un país democrático.

Sin embargo, la respuesta no parece tan obvia y no podemos esquivar la pregunta que este suceso hace a la sociedad venezolana: ¿Por qué es necesario tomar la Catedral de Caracas para que la democracia venezolana tome conciencia de la situación de miles de obreros en el país? ¿Por qué el gobierno, los partidos, las centrales sindicales, los medios de comunicación social se ponen en movimiento sólo cuando se da un hecho de esta envergadura? ¿Por qué es necesario tomar la Catedral de Caracas para romper el cerco de silencio sobre la situación laboral y las luchas obreras que existe en el país? ¿Qué dice este hecho a la democracia venezolana que esos mismos días celebraba sus 22 años?

Una primera consecuencia de la toma de la Catedral de Caracas es haber puesto nuevamente sobre el tapete la inconsistencia de la política económica del gobierno de Luis Herrera. Contrasta el optimismo del Señor Presidente y sus Ministros con los efectos concretos de las medidas para la mayoría de la población —alzas de precios en los artículos y servicios básicos, aumento del desempleo, contracción del crédito, problemas de vivienda— y especialmente a los medianos y pequeños productores. La acción de los obreros de Telares Palo Grande ha destapado una posición del Ministerio del Trabajo que deja a los obreros prácticamente sin defensa de su derecho al trabajo. Se ha patentizado, igualmente, la poca flexibilidad del gobierno para responder a situaciones creadas por su propia política económica y proponer soluciones en beneficio de los sectores populares que resultan los más afectados.

Otra consecuencia de la toma de la Catedral ha sido poner de manifiesto la actitud de los partidos políticos frente a los problemas que afectan al pueblo. En primer lugar llama la atención la poca o ninguna importancia dada por los dirigentes partidistas al hecho mismo y a la situación del mundo obrero que se ha puesto sobre el tapete. Parece que la celebración de aniversarios o el enésimo acto de la comedia del Sierra Nevada o los "consensos" internos son los únicos problemas que afectan a la nación venezolana. No sabemos si la actitud ajena de los partidos políticos —tanto de derecha como de izquierda (con contadas excepciones)— se debe a la falta de información, desinterés, cinismo o simplemente que su vida anda por caminos muy distintos y distantes a los de los trabajadores.

También la toma de la Catedral de Caracas interroga directamente al mundo sindical, especialmente a las grandes centrales obreras del país. Si en los últimos meses ha habido en el país más de 15 mil despidos ¿hacía falta la toma de la Catedral para que esto se hiciera impacto público y problema nacional? Este hecho es un nuevo cuestionamiento a una forma burocrática de conducir el movimiento obrero.

La acción de Catedral indica la existencia de una nueva forma de lucha política y obrera. Indica el surgimiento de una conducción obrera independiente y clasista que ha sabido superar las estereotipadas formas tradicionales de lucha y ha descubierto una nueva veta capaz de lograr un impacto en la sociedad, de lograr apoyos efectivos y solidaridades que en otras ocasiones han permanecido al margen no por indiferencia sino por imposibilidad de incorporarse a la lucha. Los obreros de Telares Palo Grande y la Unión de trabajadores de la Industria Textil (UTIT) han dado con este hecho un gran paso hacia formas de lucha nuevas, significativas y profundamente revolucionarias.

Igualmente importante ha sido el comportamiento de la Iglesia venezolana. La opción por los pobres proclamada por los obispos latinoamericanos en la Conferencia de Puebla, hace casi un año, había quedado en abstracto para la jerarquía venezolana. Los obreros textiles les dieron la ocasión de hacerla operativa y la Iglesia de Caracas, encabezada por su Arzobispo, respondió, aceptó el reto y se puso, en variadas formas, de parte de los obreros, la parte más débil y sin voz. Esto nos indica que las tensiones y tendencias existentes desde hace tiempo en el seno de la Iglesia han sido fecundas y desde las diversas posiciones, en ocasiones conflictivas, se ha sabido responder al llamado de unos oprimidos concretos y prestar un apoyo efectivo. Esta acción ratifica la validez y la importancia del trabajo popular realizado por muchos cristianos, religiosos y sacerdotes. Trabajo que es necesario ampliar y profundizar hasta ser profundamente Iglesia de los pobres que luchan por su liberación. También ratifica la importancia de una acción común y sostenida con la Jerarquía, en defensa de los derechos de los oprimidos. Este paso no ha sido el único en que la Iglesia ha tomado posición como conjunto. Tenemos la firme esperanza de que estas posiciones serán cada vez más firmes. Ocasiones no faltan y estamos comprometidos evangélicamente en hacer una Venezuela para el pueblo.